

# Bolivia: luchas indígenas y creación de la Universidad Pública de El Alto

Pablo Mamani Ramírez

Esta presentación se estructura en dos partes: la primera es sobre el contexto sociopolítico en Bolivia, particularmente para hacer una mirada desde los movimientos sociales indígenas y populares, en concreto, la lucha indígena. Y la segunda es sobre la Universidad Pública, el caso de El Alto y de cómo emergió esta universidad, cuál es la experiencia institucional y sobre su población estudiantil. Es de resaltar que nuestra universidad es muy joven, tenemos sólo siete años de haber irrumpido en el escenario de la lucha social.

## Contexto sociopolítico en Bolivia

El triunfo en Bolivia de Evo Morales, el 18 de diciembre de 2005, nos da mayor presencia internacional para hablar de estos temas. Desde mi perspectiva, se explica del siguiente modo: es la forma de cómo los movimientos indígenas vienen en dos sentidos, desde el altiplano aymara y de Achacachi, y el otro, desde el Chapare, movimientos que se han convertido en los epicentros de la lucha social indígena en Bolivia. La figura de los epicentros es la relación de una explosión del conflicto dentro del propio Estado, es una figura para ver cómo las capas tectónicas del poder han sido desconfiguradas por la lucha social. El primero de los epicentros es la región donde surgió el liderazgo de Felipe Quispe y es el territorio de la emergencia del movimiento aymara con gran fuerza beligerante frente a la brutalidad de la colonialidad del Estado y los grupos dominantes<sup>1</sup>. Se trata de la extensa región del altiplano norte de La Paz (norte de Bolivia), donde existe una riquísima memoria histórica y vivencia de la lucha indígena. El otro epicentro está ubicado en la región del Chapare cochabambino (centro de Bolivia), de donde viene Evo Morales, con un liderazgo social en defensa de la producción de la hoja de coca. Ésta es igualmente una región densa, con una presencia alta de poblacional indígena, aunque con una geografía muy distinta a la de los Andes. Es una región tropical, subtropical, casi amazónica, en la que sin embargo, los migrantes de las zonas andinas, articulan y re-articulan sus propios sentidos culturales, el manejo del espacio, del territorio, de la lengua, de la hoja de coca, de los símbolos como la *whipala* y plantean luchar por la dignidad.

Estos dos centros o epicentros de la lucha se convierten en movimientos sociales que mueven las capas tectónicas del Estado boliviano, provocan que en todos los lugares se produzca una desconfiguración de la estructura en la que éste se sostiene. Dado que el Estado ha producido la fragmentación de lo social, se le quiebra desde ese mismo lugar. La institucionalidad estatal no tenía seriedad ni legitimidad como tampoco los políticos criollos.

La población de Achacachi, región de Omasuyus, una zona aymara del altiplano y los valles de Sorata con importante presencia de población politizada, muestra un efecto interrelacionado entre comunidades y el levantamiento de octubre de 2003 en la ciudad de El Alto. La otra región, el Chapare, tiene su propia articulación interna y externa que viene desde los años 1988, 1990 y 1994. En esos años se producen marchas de mujeres y hombres por las serranías, por geografías accidentadas, que caminan un mes cargando a sus niños, cargando ollas y otras cosas que uno puede tener para comer y cocinar. Es como dicen ellos: *los cerros son nuestra cama, nuestro hábitat, nuestra casa, ahí hacemos política, ahí hacemos nuestra sociedad y nuestra lucha*.

Estos dos grandes epicentros van poco a poco ligándose, articulándose y en algunos casos, fragmentándose, es lo que llamo "El rugir de las multitudes"<sup>2</sup>. Es interesante observar cómo los movimientos indígenas se articulan al mismo tiempo de fragmentarse. Es un movimiento gelatinoso. La estructura de las relaciones entre uno y otro produce fragilidad, disputas y al mismo tiempo complementariedades. Esto es una lógica del *ayllu* como el *tinku*, un ritual de pelea entre todos. Es una disputa ritual-simbólica y es parte también del ejercicio de la guerra. Uno necesita de otro para hacer este ejercicio. Uno frente al otro, pero no es el aniquilamiento de uno por el otro, es una especie de energización desde el otro para generar vida y sentido de la dualidad en la sociedad del *ayllu*; es una especie de competencia equilibrada.

Ha habido en ese sentido varias regiones epicéntricas, la del altiplano aymara de La Paz y de El Alto, y la otra, la región del Chapare y Cochabamba, entre otros lugares del país como el altiplano sur de Bolivia. Esa articulación entre regiones ha ido creciendo como ondas expansivas de forma rápida y en otros momentos de forma suave. Al final tenemos otros epicentros de la lucha social que son parte de los nuevos levantamientos indígenas. Es como una bola de fuego que crece y crece para abrirse paso contra el Estado y los municipios dominados por los terratenientes y las subprefecturas. Éstas son tomadas sin problema por los movimientos indígenas, es un hecho visible de esta lucha en la Paz, como con los coccaleros de los yungas, donde está otro dirigente, Dionisio Núñez (que era diputado). Por otro lado, aparecen los movimientos Sin Tierra, y después los Movimientos Sin Techo y los sectores populares de las ciudades, los que siempre estuvieron ahí, como los sectores fabriles, mineros (aunque recién recuperados) y los cooperativistas. Se expande el movimiento como el fuego.

En esta lucha aparecen disputándose el liderazgo social Felipe Quispe y Evo Morales. Esta disputa paradójicamente quiebra aún más la legitimidad del Estado desde lo local y el posterior avance hacia las ciudades, el oriente y la amazonía. La ciudad de El Alto no había que cercarla, sino que El Alto ya está tomado por la propia población de

condición demográfica indígena aymara y obrera que habita en ella. En octubre, la toma pacífica y demográfica anterior se convirtió en una toma política, militar. Así se inicia la gestión del espacio público, del espacio privado, de las calles y las avenidas; se disputa la legitimidad del ejercicio del poder al Estado y al gobierno. Alguna vez dijimos, durante esos días en El Alto, “el Estado blanco-mestizo ha sido quebrado y derrotado”. No gobernaba en nada, no tenía control de los nacimientos, no tenía el registro de cuántos niños o niñas nacían en el día, no había centros hospitalarios, no había doctores o medicina para atender a los heridos de la masacre. Colapsó la medicina clínica y en su lugar emergió la medicina indígena, los saberes de los abuelos, de las mujeres mayores.

En la defensa de la Guerra del Gas, se cavaron profundas zanjas sobre calles y avenidas. Es importante decir que en octubre no llueve, así que la tierra estaba seca y dura. Pese a ello, sin embargo, se abren impresionantes zanjas sobre calles y avenidas. No importa si éstas eran de asfaltado o de cemento grueso, esto se hizo a puro dinamitazo y a golpe de combo (una herramienta de trabajo, que abre las calles pedrosas). Se hacen zanjas y se derriban pasarelas, se cierran calles y avenidas. Se vuelve un territorio minado para que no se muevan los aparatos armados del Estado, el ejército y la policía. Esta es una manera de entender cómo se articulan los barrios y empiezan a forjar por sí mismos el destino común, por ejemplo: la gestión de la seguridad contra los delincuentes, ya que no hay policías durante esos días en la ciudad. ¿Quiénes la gestionan? Los vecinos mediante los sistemas de rotación, sistemas de contrainteligencia, averiguan quiénes son infiltrados del ejército. Hubo casos en que se les pescó y capturó. La gente en esos momentos dice: “aquí no nos responsabilizamos de tu seguridad, así que tienes que irte”. Entonces, tiene que irse. Estos mecanismos son fundamentales ya que se trata del manejo del espacio urbano y de la seguridad interna.

Lo mismo pasa en Cochabamba y en otros lugares del país. Esta es la dinámica o el proceso de la territorialidad del poder indígena en toda Bolivia. Un proceso que significa básicamente la ocupación geográfica, espacial, cultural y política del escenario geográfico y social donde el Estado no ejerce su soberanía ni su autoridad, el ejercicio del poder militar tampoco tiene potestad de hacerlo. Es una disputa centímetro a centímetro, milímetro a milímetro. El ejercicio de soberanía estatal en cada uno de los distintos centros no tiene sentido, ya que han nacido otras formas de articulación entre diferentes lugares. Esto avanza con distintos proyectos históricos y otros aislados por su localismo. No es un mismo proyecto ahí caminando, sino distintos pequeños proyectos; pero importantes. Luego se articulan y eso va a crear un escenario sociopolítico denso en Bolivia con clima adverso al poder colonial. Incluso, es un hecho terriblemente adverso para los agentes del poder.

Producto de esa dinámica se da la elección de Evo Morales como presidente de la república. Sin ella, no entendemos la elección de Morales con un 54% de votos en diciembre de 2005. En esa dinámica de construcción territorial del poder surgen los cuarteles indígenas, los gobiernos barriales, el gobierno cocalero, de Estados Mayores aymaras y de diferentes liderazgos, aunque con una disputa interna entre ellos.

Frente al Estado, esto es una disputa beligerante en muchos sentidos. Felipe Quispe había dicho, por ejemplo, al expresidente general Hugo Bánzer: “Yo voy a hablar de presidente a presidente. Yo soy el presidente de los indios y tú eres presidente de los blancos. Aquí estamos en condiciones de igual”. Eso de hablar de presidente a presidente es un hecho novedoso e importante. Nosotros tenemos los símbolos como la *wiphala*, tenemos muchos elementos para graficar esta disputa. En el campo del discurso hay una beligerancia directa y virulenta. Es la manera estratégica del uso del discurso como se pueden desmoronar ciertos hechos normales, aparentemente contruidos para el bien del país. Todo ello despierta curiosidad y nacen preguntas como: ¿Qué está pasando?, ¿qué que es eso? Hay gente que pregunta “¿Por qué es tan importante ser aymara, si hace rato no lo era?” Este es el tema de la identidad donde los jóvenes buscan abrirse en la senda del nuevo tiempo. “¿De dónde vengo?, ¿quién es mi papá?, ¿quién fue Tupac Katari?, ¿quién fue Zarate Willka?” Colectivamente se hurga en la memoria histórica, en los archivos de la propia memoria oral.

El discurso de Evo Morales es un discurso inteligente. En algunos lugares dice: “somos indígenas”, en otros: “somos campesinos”, o así: “hermanos bolivianos”. En uno de ellos, en la ciudad de Quito, Ecuador, en un encuentro internacional, dijo: “En La Paz estamos a una cuadra de tomar el poder político que está en el territorio aymara de La Paz”. Fue una frase premonitoria de lo que se iba a producir y se produjo. Estábamos a una cuadra de la Plaza Murillo, que es el centro político de La Paz, puesto que alrededor de la plaza Murillo están los mercados, los negocios, la gente caminando y las marchas merodean siempre el lugar. Hay que recordar que antes, en 1825, estaba prohibida la entrada de los indios a la plaza principal del gobierno de la ciudad de La Paz. Ahora se configura un escenario posible en un nuevo tiempo. Evo Morales no solamente está a una esquina del poder gubernamental, sino que está adentro del Palacio. Todo ello lo hace un líder, sin duda, carismático, influyente. Hay discursos duros y por supuesto también hay discursos más flexibles. Felipe Quispe siempre es el más duro, y el otro, Evo, aunque también es duro, tiene cosas más flexibles para decir y manejar las cosas. Los dos líderes han influido en el actual destino del país.

Todo esto es una producción social, histórica desde el escenario de la lucha construida por los microespacios de la sociedad, los micropoderes de la comunidad, del barrio, del sindicato, de los pequeños lugares del debate político,

también en las universidades. Los entendemos como los contra-poderes diseminados en toda la sociedad, que expresan los momentos álgidos de la vida cotidiana donde vive la gente. La misma que elabora una construcción de la memoria histórica de las luchas sociales. La que al final se articula o va articulándose como proceso con efecto nacional e internacional. Ahí tenemos todo un proceso de aprendizaje y de crítica, en la que está el mismo Evo<sup>3</sup>. Una crítica no en la lógica lineal de entender y decir las cosas, sino de la realidad sociopolítica compleja. Esa presencia, esa configuración de lo político, pensamos que es una realidad siempre compleja. Los comunitarios, los vecinos, se convirtieron en políticos de hecho, pensando en el asunto del destino común y el destino del país, la lucha conjunta por los recursos naturales, el Estado, el gobierno y la posibilidad de hacer una cosa distinta de lo que siempre se hizo o aquello que hizo la oligarquía al entregar nuestros recursos a precios regalados a las transnacionales.

Ahí está toda una rica dinámica social que define el horizonte de la lucha al posibilitar el cambio estructural del Estado y la sociedad. Los aymara en ello somos muy claros al decir las cosas, ya que los indígenas somos cerca del 80% de la población total en Bolivia y en El Alto somos el 81.02%. El Alto se está acercando a un millón de habitantes. Para Bolivia es una población importante. De éstos, el 74% se autodefine como aymara y cerca del 15% quechua y otros. En la ciudad de La Paz, el 62% se define a sí mismo como indígena, pues en esta ciudad las laderas son parte de ellos. Dos ciudades juntas e importantes: El Alto es una ciudad muy joven y La Paz una ciudad histórica, antigua, también con cerca de 1 millón de habitantes. Ambas ciudades suman casi dos millones de habitantes. El resto de las ciudades también se autodefinen como indígenas, según el Censo de Población y Vivienda de 2001, en Bolivia, el 62.05% se autodefinió como indígena. Pero con una aclaración. Este es un dato tomado a partir de quince años para arriba, el resto no está en el 62,05%. Se supuso desde el Instituto Nacional de Estadística Boliviana, que los menores de quince años no tienen conciencia de su identidad étnica, o cultural, entonces no se les ha incluido ni preguntado. La población en Bolivia es joven. En la base de la pirámide poblacional se encuentran los jóvenes y los niños. Los jóvenes y los niños viven en las comunidades, en los barrios. No hay que preguntarles si son aymaras o si son quechuas. El dato real es que viven dentro de los marcos culturales de su gente, de su barrio.

No puede ser que una minoría, del 6 u 8%, sea dueña de los destinos del 81%<sup>4</sup> del país, entonces, esto explotó muchísimo en lo interno, a nivel local. Se hizo el cuestionamiento al Estado, porque nosotros los indígenas muchas veces estamos metidos en nuestros mundos locales, nuestra tierra, nuestro ganado, nuestras chacras, pero también estamos en las grandes ciudades, formando ciudades íntegras. Donde también existen conflictos por linderos de tierra, incluso hasta por una piedra existe conflicto; pero son disputas locales. Eso tuvo también que incidir en el mundo local; es decir, ahora hay que pensar en luchar no sólo por los linderos sino luchar a nivel regional y nacional, eso es pensar de manera compartida. Considero que adentro del mundo indígena también hubo implosiones, y muy fuertes; ello se hace visible al surgir como actores históricos y también se piensan como agentes locales con posición territorial de los espacios concretos. A partir de eso, pensamos al país desde las generaciones de viejos y de jóvenes, incluso los niños de seis y ocho años tienen una opinión política. Es un hecho tanto en las ciudades y en el campo o área rural, la televisión que miran los niños o niñas les ayuda a decir quién es Evo Morales y quién es Tuto Quiroga, quién es Doria Medina o quién es Felipe Quispe. Así ellos tienen una opinión política, que nosotros no tuvimos sino hasta los casi 15 o 20 años. Ahora ellos tienen una opinión política.

Le llamo “geopolítica poblacional” a la posibilidad de las diversas poblaciones de posesionarse sobre los territorios históricos para, desde ellos, pensar distinto en el tiempo al escenario estatal. Los Estados no son hechuras para siempre, son hechuras del hombre-mujer y, por tanto, son mutables e históricos. Creo que este escenario habla de una presencia viva indígena-campesina-popular, a no ser que cambie de forma dramática la historia nacional. Es una potencia social muy viva, y muy directa que crea diversas relaciones sociales como hecho social. Si viviéramos solamente una sociedad “de no lugares” sería difícil de cambiar las relaciones; es decir, donde la computadora, la música individual con la que se pone en contacto el hombre-mujer puede matar la actual fuerza social (como sí el espacio de la sociedad fuera un espacio de sólo uno y no de amplias relaciones sociales). Los mundos indígenas son mucho más intensos, con una carga simbólica muy fuerte, de memoria oral compartida, de la historia de aquí y allá en tanto construcciones sociales que grafican la realidad, visualizan la vida, los enamoramientos, el realizar comidas como el de *aphapi*, etcétera. Esta última es la forma de comer en comunidad entre todos, nosotros le decimos el buffet aymara. Se tiende la comida sobre un lugar hecho fila y todos se alzan y comen juntos. Eso es comer en comunidad. Hay momentos en que decimos que nuestra riqueza la tenemos en la comida y con ella se combate contra las fuerzas externas. En octubre, en la guerra de El Alto, la gente volvió a comer en comunidad y los de la elite blanca mestiza de la zona sur de La Paz, por otro lado, tuvo graves problemas para encontrar comida. En Bolivia existen separaciones geográficas como fronteras entre el mundo indígena urbano-rural y las castas o elites criollas. Ellas definen su nosotros y el mundo indígena define también su nosotros; éstas son las fronteras étnicas y son muy claras. Hasta el enamoramiento lo es así. Los grupos dominantes no se casan con un aymara aunque tenga mucha plata. Entonces hay cosas muy gráficas del colonialismo interno.

Bolivia está pasando por un hecho muy importante, está pasando algo muy grande y apostamos mucho a la

transformación de esa realidad. La gente hoy habla de gobernar más de 500 años. Así lo dijo Evo Morales, a gobernar, pero en la lógica de la *wiphala*. Nosotros no decimos bandera porque bandera viene del bandido o del invasor. Bandera de los bandeirantes, de los que invaden con sus banderas a territorios ajenos. La *wiphala* es una referencia muy distinta, porque están siete colores, cuarenta y nueve cuadrados y cada color, cada espacio, no es más que otro, todos tienen la misma posibilidad de ocupar un espacio tiempo en las mismas inmensidades y no porque los aymaras tengamos un gran peso histórico podemos hablar de una hegemonía. Somos una parte más frente a otros pueblos que casi han sido exterminados como ocurrió en la Amazonía, ellos tienen su forma de ver el mundo. Por lo tanto, se trata de una articulación diversa de distintos mundos. En Bolivia, los aymaras debemos mucho respeto a los afrodescendientes, quienes un día nos salvaron de la esclavitud minera y de las haciendas, porque ellos murieron antes que nosotros como esclavos. Cuando no había negros, nosotros tuvimos que meternos al trabajo de la esclavitud, por lo que no son invasores los afros que vivieron allí, son gente que vino en condición de esclavitud. Ésta sigue siendo otra población olvidada. Algunos dicen que son como doscientos mil personas en Bolivia. Otro es el mundo de las mujeres que no tienen posibilidad de gobierno, en realidad las mujeres son más del 50% de la población total en Bolivia; sin embargo, los varones somos hegemónicos en todos los sentidos. Hasta la iconografía del Estado está llena de imágenes de masculinidad, los ministros, los presidentes, casi todos son varones.

Estos hechos coloniales y racistas crean fronteras sustanciales entre todos. Desde esta mirada indígena se cuestiona para diluir esos estancos que crean pobreza y miseria. Los *mallkus* y las autoridades en la vida cotidiana tienen una lógica distinta a la racionalidad del poder criollo-mestizo, ya que facilitan los nexos entre los hombres para dejar fluir libremente las relaciones sociales, las decisiones, los discursos, las imágenes, las estéticas sociales que cada pueblo tiene. Por eso es que la *wiphala* es para nosotros este diseño social e institucional. Deja fluir las energías de la sociedad, son construcciones anti-elites contra cierta gente o ciertas elites que en la otra lógica, la liberal, tienen que dominar sobre el resto de la sociedad para vivir. Todo ello está ocurriendo en Bolivia. Son rasgos distintivos que necesitan ser llevados al plano sociopolítico e institucional.

## **Una universidad desde la sociedad alteña**

A partir de lo anterior podemos explicar cómo surge la Universidad Pública de El Alto, de cómo hay una universidad tan joven, menos de una década, en tiempo récord, con un planteamiento producto de la lucha social de El Alto y la sociedad aymara. El surgimiento de la Universidad rompe con algunos marcos jurídicos, rompe con ciertos argumentos del Estado y del gobierno donde se decía que no se pueden crear dos universidades en un mismo departamento. Por ejemplo, se dijo que no puede haber una Universidad por los costos que eso significa financiar. Nosotros decimos: “Queremos nuestra Universidad, y ya. Nos importa la ley, la ley no está bien, vamos a cambiar esa ley”. Y se logró una Universidad para el Alto. El fondo de no querer otra universidad es la lucha indígena y los diferentes liderazgos como el de Felipe Quispe, de Eugenio Rojas y de otros líderes de El Alto.

Desde 1989 viene esta construcción histórica, incluso mucho más atrás, desde 1957. La impulsan jóvenes de secundaria que pensaron en una universidad para el Alto, los contra-argumentos que no “se puede” dejaron paso a la propuesta de “sí se puede” una universidad alteña. Nos decían: “los alteños o los aymaras son muy buenos para la mano de obra, son muy buenos y calificados, ¿para qué necesitan una universidad ustedes, si su mano de obra es calificada?”. Así la contra-respuesta alteña: “Si ustedes son doctores, sociólogos, abogados, nosotros también queremos ser doctores, abogados, sociólogos y economistas. ¿Por qué ustedes sí y nosotros no?” Entonces, empieza a forjarse una disputa que en el último tiempo viene desde 1999 y el 2000. Personalmente yo participé en este hecho y voy a tratar de relatarlo como testimonio.

Fue mucha gente la que lo hizo. Nos reunimos de distintas formas. No teníamos idea de qué era una universidad, de cómo se organiza, de los presupuestos, los diseños curriculares, todo lo que uno no se imagina. El cómo es una pregunta operativa. Es también una aventura colectiva. Después viene la otra pregunta: ¿qué queremos como universidad? Una nueva forma de universidad es el mayor sueño, aunque tiene sus contradicciones. Nosotros éramos jóvenes docentes, y como jóvenes tuvimos que salir a luchar por una nueva universidad financiada por el Estado. Se nos dijo que teníamos estudiantes y profesores muy jóvenes. Respondimos: “¿cuál es el problema? Tenemos gente. Tenemos un espacio físico y no se necesita otro terreno, ¿cuál es el problema?” Al mismo tiempo fuimos llevando pequeñas sillas y mesas o bancos para pasar clases, ya que no había nada en las aulas, estaban vacías. Sus paredes no estaban pintadas como ahora lo están, no tenían pizarras. Todo ello se ha construido con el sacrificio de todos. Faltaba que nos pusieran la ley de creación, y que nos dieran recursos de financiamiento, fue una lucha intensa dentro del contexto de la ciudad de El Alto levantado contra el Estado colonial. Es una generación histórica de chavos, de changos y de chicas y de jóvenes, futuros docentes. Aquí ya no interesaba ningún argumento del Estado-gobierno criollo, que decía que no había recursos.

Los vecinos son otros que al principio fueron construyendo estos predios, y dijeron: “Somos los vecinos de El Alto, hemos puesto ladrillos para que estos edificios existan. Es cierto que el estado puso dinero para pagar a los albañiles, pero los vecinos pusieron los ladrillos. La Universidad Pública de El Alto (UPEA) es una universidad

construida ladrillo por ladrillo y por alteños.”

Así hubo una serie de argumentos y seguimos diciendo: “queremos una universidad”. El año 2000, exactamente el 1 de mayo, desde la Ceja (un lugar que conecta la ciudad de La Paz y la ciudad de El Alto) se inicia la historia final de la conquista de la universidad. Nos concentramos mucha gente y se inicia una marcha multitudinaria de aproximadamente 8 mil jóvenes rumbo al lugar de Villa Esperanza, donde está la nueva universidad. Una multitud de jóvenes, de futuros docentes, de vecinos. Fue un día intenso, nosotros estábamos en movimiento pero no en la dirección de los trabajadores de la Central Obrera Boliviana que marchaban hacia la plaza de Pérez Velasco, que también marchaban por ser 1 de mayo, mientras nosotros marchábamos en otra dirección. Fue una separación, como una contra marcha, no bajando a la ciudad de La Paz, sino yendo al otro lado, al extremo norte de la ciudad de El Alto. Nos dijeron: “Ustedes están fregando la lucha obrera porque nosotros vamos para abajo”. Pero nosotros habíamos decidido tomar ese día los predios de la nueva universidad y habíamos ido en dirección contraria.

Llegamos de forma multitudinaria, impresionante la cantidad de gente, de gente joven que llegaba y gritaba: “una nueva universidad”. No teníamos eslogan o estribillos para gritar, recreamos los estribillos de otras luchas sociales y de otras universidades como de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA). Íbamos construyendo en el caminar, al ver las cosas, siempre se decía cuando se acababa un estribillo ¿qué vamos a decir ahora? ¡Qué conflicto! Pasábamos unos papelitos, inventando lo que se pudo, era una construcción propia. Nadie nos había dicho que esto se hace así o de otro modo. No, era una construcción de jóvenes. Finalmente llegamos a la puerta del edificio en cuestión, era predecible que no nos iban a abrir, pero llegamos y nos abrieron, no hubo necesidad del uso de la fuerza. Entramos y nos revolcamos en la tierra como una forma de tomar el predio que pertenecía a la UMSA. La manera de revolcarte es la forma de ocupar el espacio físico y los edificios. Nos metimos y nos subimos a los edificios. Y desde arriba gritábamos, incluso corriendo el riesgo de caer desde una altura considerable.

Ya posicionados en la nueva universidad, dijimos: “de aquí no nos vamos. Esta es nuestra universidad y queremos ley de creación”. Pedimos que el Congreso funcionara rápido; si esto no ocurría, dijimos también que íbamos a tomar el propio palacio de gobierno que está muy cerca de la ciudad de El Alto. Esto ha sido una construcción social histórica con todas sus complejidades y dificultades, ya que es parte de un aprendizaje real y efectivo de una lucha contra la colonialidad de la institución universitaria en Bolivia.

Las marchas bajaban desde El Alto hacia la Plaza Murillo para cercarla, es la sede del gobierno. Fue fácil llegar desde las cuatro esquinas del palacio nacional, fue como cercar a la ciudad bíblica de Jericó por los miles de participantes y con el grito de “universidad para El Alto” con el que hacíamos temblar el Palacio de Gobierno. Casi entramos por una de esas esquinas. Fue un cerco a la sede del gobierno en ese momento en manos del ex dictador Hugo Banzer Suárez y luego de Gonzalo Sánchez de Lozada, ambos de las derechas neoliberales más duras.

Se logró cuando los jóvenes aparecieron con las caras pintadas y con esloganes cada vez más trabajados, decían más o menos: “Aquí estamos los guerreros y si no quiere crear la universidad nosotros vamos a tomar el palacio y crear nuestra ley...”, “Es un guerrillero caminando por las calles”, entre otros. Así fue como hemos ido inventando frases, aunque al final se logró la universidad sin necesidad de ninguna guerrilla, pero fue una manera de llamar la atención y crear un contexto de intranquilidad para los gobernantes. Las caras pintadas, los gorros camuflados. Los jóvenes estaban ahí con palos y con máscaras anti-gases. Las botellas de plástico fueron convertidas en máscaras, se coloca en la nariz y se respira muy bien sin que afecten los gases lacrimógenos, se pone con trapos y es una forma de luchar en las calles. Los policías tenían dificultades con nosotros para controlarnos. Fuimos difíciles de contener. Se especuló que ahí estaban grupos armados, ahí están los revoltosos de El Alto que quieren tomar el gobierno, muchas cosas más, como que ahí están esos vándalos. Todos esos argumentos negativos tuvieron un efecto contrario, envalentonaban la lucha de la juventud.

Al final, ya por 2001, se dio la ley de creación de la nueva universidad pero sin autonomía. Se nos dijo que se iba a crear en el Congreso de la República, pero teníamos que esperar cinco años para tener plena autonomía; por ahora debía funcionar bajo la tutoría de la Confederación de las Universidades Bolivianas. Se dijo que era la forma de tener la nuestra, como la de Siglo XX (localidad minera). Para nosotros ese argumento no tenía ninguna validez. Finalmente nos dieron la autonomía en noviembre de 2003.

Solo faltaba consolidar el reconocimiento en el sistema universitario y un presupuesto mayor para su funcionamiento. Sólo se tienen unos treinta millones de bolivianos<sup>5</sup> para que la UPEA funcione con cerca de 12 mil estudiantes, veinte carreras, casi 700 docentes y un número similar de administrativos. La de La Paz, la UMSA, tiene más de 100 millones de bolivianos de presupuesto anual. La diferencia es abismal. Estos hechos políticos envalentonan más a la gente. Aunque se dijo que había grupos de lucha como los llamados etnocasitas del Perú, que existía alguna tendencia del Sendero Luminoso, del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA), al igual que las tendencias kataristas e indianistas y las corrientes troskistas. Una cantidad de gente y corrientes que al final se constituyen en un lugar de debate, pero no en la forma en que intentaban descalificarnos. Porque sí hay las tendencias de izquierdas y de los sectores kataristas indianistas bastante fuerte en El Alto.

Logramos la autonomía universitaria en la UPEA. No tuvimos que esperar los cinco años. Fue una lucha intensa donde hubo gente que llevaba piedras encima del edificio en chamarras, en bolsas de nylon y otras cosas. Todo ello, encima del edificio, donde estuvo lleno de piedras para combatir contra la posible retoma del predio por la UMSA. Esto es al principio de la lucha. También contra la posibilidad de que la policía pueda recuperar el predio que había sido tomado. En las marchas, la gente, todos, tuvimos que cargar nuestras piedras, incluso tener gases lacrimógenos, todo lo que se requiriera. Estando arriba del edificio nos era difícil bajar, ya que teníamos piedras y estábamos atrincherados en todo el inmueble, funcionando mediante el sistema de turnos. Esta es una estrategia comunal de la lucha social. Una carrera estaba en una esquina y otros en otra esquina, todo bajo el sistema de turnos, lo que permitía que esto no se acabara nunca. Y eso se repitió en octubre de 2003. Todos los días ahí metidos, meses ahí metidos. Para que esto ocurriera fue necesario una impresionante cantidad de gente, de jóvenes que habían venido de los colegios y no eran políticos, pero se hicieron brillantes políticos con discursos admirables en las asambleas universitarias, demandantes al Estado. Es una generación joven, que crea una universidad, que en principio era un proyecto indígena aymara, era el sueño de muchos de nosotros. Pero al final no se pudo porque el sistema de la universidad boliviana no nos reconocería. Una traba más. Lo que se dijo es que se acepta ese hecho pero la currícula debe contener nuestra propia particularidad, el ejemplo de ello es lo que contiene la carrera de sociología donde se introdujo nuestra propia idea sobre los conocimientos indígenas. En Bolivia no existe esto, en la carrera de Sociología de la UPEA tenemos como materia *Historia indígena I, II y III* (materia semestral). En Bolivia, en ninguna otra universidad se habla de historias indígenas, pero nosotros la tenemos. Ahí se reflexiona sobre los líderes como Pablo Zárate Willka, de los Tupaj Katari, de los Bartolina Sisa, de las luchas indígenas. Tenemos otra materia que se llama *Saberes y conocimientos indígenas*. Le hemos incorporado otra materia más que se llama *Teoría socioeconómica y política del ayllu*. Todo ello es muy importante para nosotros al igual que las capitánías en la Amazonia, o el *ayllu* en los Andes. Nuestro argumento es que tenemos una particularidad regional propia en el país, el Alto es una región particular. Esto no altera el peso de la estructura de las diferentes carreras de sociología en Bolivia, incluso, vamos a llevar estas materias a otras universidades.

Cuando armamos esto nos preguntaron si había libros para este tipo de materias, que en qué nos vamos a apoyar, quién ha escrito sobre esto. Teníamos que convencer mostrando que había libros para estas materias. Se dijo que la biblioteca del Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA), el Museo de Etnografía y Folklore de La Paz, entre otros centros e instituciones es en donde podíamos investigar. Los jóvenes al principio dudaban, preguntaban si había libros. Pensaban que los estaban mandando a una aventura sin referencia bibliográfica, pero nosotros sabíamos, ya habíamos leído esos textos.

Después se han escrito algunos pequeños trabajos sobre esta lucha. Nosotros tenemos algunos artículos publicados sobre textos en El Alto y en la UPEA. Esta es otra parte de este hecho. Las preguntas centrales son: ¿Qué corrientes teóricas existen publicaciones en la UPEA?, ¿qué temas y cuáles son las preocupaciones centrales de los profesores?, ¿qué visiones tienen?, ¿entre qué pensamientos hay disputa?, ¿cómo es el pensamiento propio frente a otros pensamientos dominantes del mundo y cuál es el balance?

Hay una especie de relación tensa entre los diferentes conocimientos con relación a la corriente europea o norteamericana y los sistemas de conocimiento dominante en América Latina y lo que nosotros podemos pensar o escribir sobre lo propio, desde la lógica del *ayllu*, desde el barrio, desde los saberes cotidianos que tiene la gente, cosas del saber de la gente. Así empezaron a surgir cosas muy interesantes. Hay muchos manuales, es impresionante ver cómo en El Alto se hacen manuales de tipo trotskista sobre la economía política o de indianismo-katarismo. Es un espacio donde se están discutiendo muchos temas y creo que al final resulta que El Alto es parte de un debate amplio y de una experiencia institucional viva, muy presente y con perspectivas en el tiempo para generar el lugar de la lucha de las ideas y luchas políticas. Claro que también es un proyecto como el de cualquier centro académico con diferentes visiones sobre el país.

La tarea es realizar investigaciones desde nuestra geografía y pensar también la sociología, la economía, la historia desde los archivos, así como la oralidad desde el lugar de los abuelos y abuelas. Todavía no está siendo ampliamente explotada esta última que puede ayudar a construir memorias históricas que nunca fueron registradas en la versión oficial. Eso hay que hacerlo con la gente para trabajarla en los barrios. La Universidad de El Alto tiene una gran carga histórica útil para todo ello, pero también tiene sus propias contradicciones que pueden opacarla en el tiempo. Es importante pensar en lo propio sin desconocer al otro, sin desconocer lo que produjo la sociología, por ejemplo, del poder de Weber, de Marx o de otros, es un desafío académico de muy alto nivel. De ahí el atrevimiento del estilo aymara de querer hacer las cosas de manera propia. La gente, la planta docente y los jóvenes están metidos con fuerza de voluntad. “Sí podemos, sí podemos hacerlo”, se dice entre ellos.

Hay una posición aymara, indígena, de la Universidad, con sus tendencias; también hay liberales entre los propios aymaras y tal vez conservadores; hay gente de izquierda y los más, los kataristas e indianistas y otras corrientes; también hay gente que no tiene mayor posición sino más como técnicos. Lo que implica andar con pie de piedra, es decir, con firmeza y valentía marcando huella en la historia de la sociedad toda para que de una vez nosotros

estemos en la historia oficial de la sociedad nacional.

Hay cosas que uno va compartiendo. Creo que es un lugar muy interesante y que puede tener sus propias flaquezas, sus propias debilidades, sus propias frustraciones y sus propias potencialidades. Pero al fin creo que es nuestra universidad para pensar de frente contra las estructuras duras del poder colonial en Bolivia y de las distintas camarillas que también existen en ella.

Así, finalmente, la lucha social indígena y popular tiene sus grandes avances y la ciudad de El Alto es un lugar importante a 4 mil metros sobre el nivel del mar, donde nace una nueva universidad pública con base en diversas formas de lucha juvenil y social. Esto es importante sin lugar a dudas y como experiencia es aún mayor.

## Reflexión final

Hay algunos temas que es importante profundizar, por ejemplo, sobre el *ayllu* y su lógica de entender el mundo y los sistemas económicos. El *ayllu* es como la casa cosmogónica del mundo indígena, es una estructura, es un espacio natural de la organización de la sociedad que está en el territorio. Las autoridades, los símbolos, el sistema de la rotación del mando y recursos naturales, las montañas, los ríos, la organización social, es lo que decimos la casa cosmológica de la vida, como Simón Yampara dijo, porque está ahí una visión del mundo, relaciones sociales, relaciones de reproducción biológica, un todo. El *ayllu* es como la matriz de muchas formas de entender el mundo y de pensar. Ahí están un conjunto de saberes políticos, territoriales, económicos, lingüísticos y culturales. El Estado liberal y el Estado colonial, lo primero que hicieron fue atacarlo, ya que es la matriz de la civilización andina que reproduce, en términos prácticos y de pensamiento, las prácticas culturales e ideológicas de la sociedad. Por eso dijeron que había que aplastar al *ayllu* y es lo que hicieron los liberales mediante el parcelamiento de la tierra, la tierra vuelta individual, que cada uno sea propietario de la tierra, que no sea colectiva. También que el uso del agua no sea colectivo, siendo que el agua puede ser colectiva. Al igual que el pastoreo del ganado, los sistemas de siembra, ni mucho menos que el sistema político sea de rotación. La lógica siempre es romper todo ello para que los indios no se mantengan unidos y por ello la parcelación de la tierra. Hubo un proyecto que hasta hoy se mantiene. Si bien las parcelas de tierra son individuales jurídicamente, éstas siguen siendo de la comunidad, pero con la forma de una comunidad política dada en el reconocimiento comunitario de la propiedad privada individual, como concepto de comunidad política. Un hecho extraordinario de respuesta a la parcelación divisionista de la vida social indígena. Ya no es colectiva la tierra, pero se tiene la decisión comunitaria de asumir la vida social igualmente comunitaria, de ser una comunidad y mantenerse como tal, por rotación, por asambleas comunitarias y con propiedad individual jurídica de la tierra. Igual se entra al sistema liberal pero tiene su propio sentido de comunidad social sin lograr fragmentar el concepto de comunidad. Es un *ayllu* con decisión política, ahora es el *ayllu*.

Y esto nos lleva a la relación de los pueblos indígenas, del *ayllu*, con el medio ambiente. Los pueblos, los distintos pueblos indígenas, no sólo aquí, tienen una relación que se va deteriorando y quebrando en los últimos tiempos por la racionalización de la tecnología, de las semillas, del fertilizante, que va matando la tierra poco a poco y después cuesta recuperarla. Una relación, como nosotros decimos en aymara, nosotros somos *jaqi*, somos *runa*, el *jaqi* es ser gente en aymara, y *runa*, en quechua, es igualmente gente. Somos gente, y la relación que estableces con el medio ambiente, con la naturaleza, con todo eso, es una relación que se entiende, incluso en la lógica indígena, desde el punto de vista positivista o racionalista, ya que entendemos que las cosas materiales no tienen vida. Y los abuelos, los yatiris, los sabios, los médicos en Ecuador, en la Amazonía, ellos dicen: *la selva me habla*, pero no habla en términos de nuestro lenguaje, habla en términos del ruido, de imágenes, de temperaturas o corrientes de viento y aire que circulan, y así lo leen en ese contexto. Entonces ellos dicen: *la selva habla*, y trae mensajes malos o trae mensajes positivos, tiene existencia, vida propia. No podemos probar desde nuestros conceptos la veracidad de la frase, es solamente lo que ellos dicen. Entonces, en el *ayllu*, o en estos de la Amazonia, hay una relación que nosotros siempre hacemos, el *ch'alla*: se vierte el alcohol en la tierra para alimentarla, y en las ciudades se da lo mismo. Pero desde esa visión, no se comprende eso. ¿Cómo a una cosa inerte le vas dar de comer? Le vas a dar de comer o de beber sí no sabe comer ni siente, y tú, ridículamente te asocias, te relacionas diciendo que tiene vida y le pides permiso. Entonces, acá, los evangelistas aymaras, que pueden practicar estas cosas, ellos no lo hacen con alcohol, sino con azúcar. Y a veces, cuando aras la tierra despierta un olor, un olor a tierra muy fresca, es como dicen los abuelos, es el momento en que a la madre tierra la estás lastimando y tienes que pedirle permiso y devolverle de alguna manera lo que le estabas haciendo, un daño. Porque sí, de eso vivimos nosotros, de la semilla sale la fruta. Y los abuelos saben, no sé si los agrónomos podrán saberlo, los abuelos saben si esta tierra de aquí, el suelo, es una tierra que se puede cultivar o no, al pegarle un pedazo a la lengua, y dicen: esta tierra sí, o está muy salínica. Hay que hacerlo aquí.

Creo que desde el *ayllu* podemos encontrar una relación en el medio que nosotros vivimos, como una relación de equilibrio, que últimamente, se ha ido rompiendo. No porque seamos indígenas no lo hacemos. Pero hay este fondo cultural de que el otro entiende, lo otro entiende, que el otro también puede decidir. Agosto, en Perú y Bolivia, es el mes de la tierra. La boca está abierta, tiene hambre y hay que darle ritualmente muchas cosas para agradecerle por la vida, por la casa, por el agua. Pero hay un fondo cultural que ha ido perdiéndose, pero se le puede potenciar y

ponerle otro nivel.

Si nosotros lastimamos a la tierra, como la estamos haciendo, pues obviamente vamos a llegar a resultados poco favorables. Pero si dejamos de lastimarla y hacemos sistemas de agricultura más itinerantes, menos agresivos, entonces podremos recuperar el equilibrio que necesita el sistema mundo o el ecosistema del mundo. Muchos pueblos tienen sus propias formas de vida y de pensamiento social y lucha política. Nuestra relación con el ambiente es la posibilidad de romper con la pura racionalidad de la tecnología y el uso de fertilizantes que puede matar la tierra y la vida. Una buena relación con el medio natural es de vital importancia.

Por todo ello es que ahora decimos, cultural y políticamente, que es tiempo del *ayllu* y de la lucha social indígena tan importante en Bolivia, América del Sur y del Centro.

---

<sup>1</sup> Lo mismo dejo notar en mi tesis de maestría que aun no se ha publicado: *El Estado mayor de Qalachaka*. Este es un espacio definido como Estado mayor aymara que nace en la región para cuestionar lo colonial en Bolivia.

<sup>2</sup> Pablo Mamani, *El rugir de las multitudes: la fuerza de los levantamientos indígenas en Bolivia/Qullasuyu*. Aruwiyiri, La Paz, Bolivia, Ediciones Yachaywasi, 2004

<sup>3</sup> Nosotros hacemos esta reflexión a través de la revista Willka, cuyo primer número tenía este título: *Evo Morales: entre entornos blancoides, rearticulación de las oligarquías y movimientos sociales*.

<sup>4</sup> Alberto Bello y Marta Rangel hacen una aproximación de que el 81% de la población total boliviana es indígena. Documento publicado por la CEPAL en 2000.

<sup>5</sup> Un dólar equivale a 7.14 bolivianos.